UNE ✦ SACRA

Antigua Roma

Sobre la Brevedad de la Vida

✦ ✦ ✦

Séneca

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Séneca
Fecha	c. 49 d. C.
Idioma original	Latín
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de Aubrey Stewart (1889)
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Diálogo del filósofo estoico Lucio Anneo Séneca (c. 4 a. C.–65 d. C.), escrito hacia el año 49 y dirigido a Paulino, que se ocupaba del abastecimiento de trigo de Roma. A pesar del nombre, es una carta-ensayo, sin conversación entre personajes.

Séneca comienza respondiendo a la queja de que la vida es corta: "no recibimos una vida corta, sino que la hacemos corta".

El tiempo se pierde en ambición, negocios, banquetes, favores a los poderosos y proyectos aplazados para la vejez; los "ocupados" viven como si fueran a vivir para siempre y solo se dan cuenta de la vida cuando se acaba.

Solo vive de verdad quien tiene tiempo para sí y para la sabiduría, conversando con los filósofos del pasado, y el libro termina con el consejo a Paulino de dejar el cargo y dedicarse a ello.

Los 20 capítulos siguen la división del latín.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/64576

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

CAPÍTULO I

✦

1 La mayor parte de los hombres, mi Paulino, se queja de la mezquindad de la Naturaleza, porque nacemos solo para un corto espacio de tiempo y porque este periodo de vida que se nos concede corre tan deprisa, o mejor dicho, tan apresuradamente, que, salvo pocas excepciones, la vida de los hombres llega a su fin justo cuando se preparan para disfrutarla; y no es solo la multitud y el vulgo ignorante los que lloran esta desgracia universal, como ellos la consideran: esta reflexión ha arrancado quejas incluso a grandes hombres.

2 De ahí viene aquel conocido dicho de los médicos, que el arte es largo y la vida corta; de ahí nació aquella disputa, tan impropia de un sabio, que Aristóteles le buscó a la Naturaleza, porque había concedido a los animales una vida tan larga que algunos de ellos vivían diez o quince siglos, mientras que al hombre, aunque nacido para tantas y tan grandes hazañas, se le cortaba mucho más el plazo de su existencia.

3 No tenemos un tiempo muy corto asignado, sino que perdemos mucho de él: la vida es lo bastante larga para llevar a cabo los proyectos más importantes; tenemos una porción generosa, con tal de que la ordenemos toda como es debido; pero cuando toda ella se derrocha en lujo y descuido, cuando no se dedica a ningún buen propósito, entonces, al final, nos vemos obligados a sentir que todo ha terminado, aunque nunca notamos cómo se nos escurría. Así es: no recibimos una vida corta, sino que la hacemos corta; no somos pobres de días, sino derrochadores de ellos.

[4] Cuando riquezas grandes y regias caen en manos de un mal dueño, se dispersan enseguida, pero incluso una fortuna modesta, cuando se entrega a un administrador sabio, crece con el uso; y del mismo modo nuestra vida ofrece grandes oportunidades a quien sabe disponer de ella de la mejor manera.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO II

✦

1 ¿Por qué nos quejamos de la Naturaleza? Se ha portado bien con nosotros. La vida es lo bastante larga, si sabes usarla.

2 A uno lo domina una avaricia que nada sacia; a otro, una diligencia trabajosa en hacer lo que es del todo inútil; otro está empapado de vino; otro, entumecido por la pereza; uno se agota en una ambición que lo hace cortejar el favor de los demás; otro, por su afán de mercader, es llevado por la esperanza de ganancia a recorrer todas las tierras y todos los mares; a algunos los atormenta el gusto por la milicia y están siempre poniendo en peligro la vida de otros o temblando por la propia; algunos consumen la vida en esa esclavitud voluntaria, el servicio no correspondido a los grandes; muchos se ocupan en reclamar la fortuna ajena o en quejarse de la suya; un gran número no tiene ningún propósito firme y va de un proyecto nuevo a otro llevado por un carácter errante, inconstante, insatisfecho y voluble; a algunos no les importa ningún fin lo bastante como para intentar alcanzarlo, sino que se quedan bostezando perezosamente hasta que el destino los alcanza; de modo que no puedo dudar de la verdad de aquel verso que el más grande de los poetas vistió con la forma de un oráculo:

3 «Vivimos solo una pequeña parte de nuestras vidas.»

4 Pero toda duración es tiempo, no vida: los vicios nos acosan y nos rodean por todas partes, y no nos dejan ponernos en pie ni alzar los ojos para contemplar la verdad, sino que, cuando estamos caídos, nos mantienen postrados y encadenados a deseos bajos.

4.2 Los hombres en ese estado nunca logran volver en sí: si por casualidad obtienen algún descanso, se revuelven de un lado a otro como el mar profundo, que se levanta y se agita después de un temporal, y nunca tienen tregua de sus pasiones. ¿Crees que hablo de aquellos cuyos males son notorios? No: mira a aquellos cuya prosperidad todos corren a ver: están ahogados por sus propios bienes.

5 ¿Para cuántos hombres son las riquezas una pesada carga? ¿A cuántos les ha costado la vida su elocuencia y su deseo continuo de exhibir su ingenio? ¿Cuántos están pálidos por el constante placer de los sentidos? ¿Cuántos no tienen ninguna libertad por la tribu de clientes que se agita a su alrededor? Repásalos a todos, del más bajo al más alto: este llama a sus amigos para que lo apoyen, este está presente en el tribunal, este es el acusado, este lo defiende, este es juez; pero nadie reclama su propio ser, cada uno gasta su tiempo en algún otro.

6 Investiga a esos hombres cuyos nombres están en boca de todos: verás que llevan exactamente las mismas marcas: A se dedica a B, y B a C; nadie se pertenece a sí mismo. Además, algunos están llenos de una ira muy irracional: se quejan de la insolencia de sus superiores, porque no les concedieron audiencia cuando la quisieron; como si alguien tuviera derecho a quejarse de que otro lo aparte con tanta altivez, cuando él mismo nunca tiene tiempo para escuchar a su propia conciencia.

7 Ese superior tuyo, sea quien sea, aunque te mire de manera ofensiva, algún día te mirará, abrirá los oídos a tus palabras y te dará asiento a su lado; pero tú nunca te dignas mirarte a ti mismo, escuchar tus propias quejas.

No debes, pues, exigir esos servicios a otro, sobre todo porque, mientras tú mismo hacías eso, no querías una entrevista con otro hombre, sino que no podías obtener una contigo mismo.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO III

✦

1 Aunque todos los ingenios más brillantes de todos los tiempos se ocuparan de este único asunto, nunca podrían expresar lo bastante su asombro ante esta ceguera de la mente humana: los hombres no permiten que nadie se instale en sus tierras y, ante la más pequeña disputa sobre la medida de los linderos, recurren a piedras y garrotes; y, sin embargo, permiten que otros invadan su vida, o mejor dicho, ellos mismos introducen a otros para que tomen posesión de ella.

2 No encontrarás a nadie que quiera repartir su dinero; y, no obstante, ¿entre cuántas personas reparte cada uno su vida? Los hombres guardan con avaricia sus bienes para que no se pierdan, pero, cuando se trata de perder el tiempo, son prodigísimos justo de aquello en que les convendría ser ahorradores. Tomemos a uno de los ancianos y digámosle: «Vemos que has llegado a los últimos límites de la vida humana: estás en tu centésimo año, o aún más viejo.

3 Vamos, haz la cuenta de toda tu vida, por escrito: dinos cuánto de tu tiempo se fue en tus acreedores, cuánto en tu amante, cuánto en tu rey, cuánto en tus clientes, cuánto en pelear con tu mujer, cuánto en poner en orden a tus esclavos, cuánto en correr por la ciudad de negocio en negocio. Añade las enfermedades que nos traemos con nuestras propias manos y el tiempo que quedó parado sin que se hiciera ningún uso de él: verás que no has vivido tantos años como cuentas.

4 Vuelve a tu memoria y mira cuántas veces fuiste firme en tus proyectos, cuántos días pasaron como querías cuando estabas a tu disposición, cuántas veces no cambiaste de color ni tu ánimo flaqueó, cuánto trabajo hiciste en tanto tiempo, cuántas personas te robaron, sin que lo supieras, partes de tu vida, cuánto perdiste, qué gran parte se la llevaron un dolor inútil, una alegría necia, un deseo ávido o una conversación de cortesía; qué poco de ti te ha quedado: entonces comprenderás que morirás antes de tiempo.» ¿Cuál es, pues, la razón de esto?

5 Que la gente vive como si fuera a vivir para siempre: nunca te acuerdas de tu fragilidad humana; nunca adviertes cuánto de tu tiempo ha pasado ya: lo gastas como si tuvieras una provisión abundante y desbordante, aunque todo el tiempo ese día que dedicas a algún hombre o a alguna cosa sea quizá el último. Todo lo teméis, como mortales que sois, y todo lo deseáis como si fuerais inmortales.

6 Oirás a muchos decir: «A partir de los cincuenta años me entregaré al ocio; los sesenta serán mi último año de cargo público»; ¿y qué garantía tienes de que tu vida durará más? ¿Quién dejará que todo esto vaya como lo has dispuesto? ¿No te avergüenzas de reservarte solo las sobras de tu vida y de destinar al goce de tu juicio sano solo el tiempo que no puedes dedicar a ningún negocio? ¡Qué tarde es empezar a vivir justo cuando tenemos que irnos!

7 ¡Qué olvido necio de nuestra mortalidad, aplazar los consejos sanos hasta los cincuenta o sesenta años y elegir que nuestra vida empiece en un punto al que pocos de nosotros llegamos!

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO IV

✦

1 Verás que los hombres más poderosos y mejor situados dejan escapar frases en las que desean el ocio, lo alaban y lo prefieren a todos los bienes que disfrutan. A veces quisieran bajar de su alto pedestal, si pudieran hacerlo con seguridad; pues la Fortuna se desploma por su propio peso, sin ningún choque ni intervención de fuera.

1.2 El difunto emperador Augusto, a quien los dioses concedieron más bienes que a nadie, nunca dejó de pedir descanso y liberación de las preocupaciones del imperio: solía animar sus trabajos con este consuelo dulce, aunque irreal, de que algún día viviría solo para sí.

2 En una carta que dirigió al Senado, después de prometer que su descanso no carecería de dignidad ni desmerecería de sus glorias pasadas, encuentro estas palabras: «Estas cosas, sin embargo, es más honroso hacerlas que prometerlas; pero mi anhelo de aquel tiempo, tan ardientemente deseado, me ha llevado a sentir cierto placer en hablar de él, aunque la realidad esté todavía muy lejos.» Tenía el ocio por algo tan importante que, aunque no podía disfrutarlo de hecho, lo disfrutaba por anticipado, pensando en él.

3 Él, que veía que todo dependía solo de él, que regía la suerte de los hombres y de las naciones, pensaba que su día más feliz sería aquel en que dejara a un lado su grandeza.

4 Sabía por experiencia cuánto trabajo había en aquella gloria que brillaba por todas las tierras y cuánta inquietud secreta se escondía en ella: se había visto obligado a hacer valer sus derechos por la guerra, primero con sus

compatriotas, luego con sus colegas y por último con sus propios parientes, y había derramado sangre por mar y por tierra; después de hacer marchar a sus tropas en armas por Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria, Asia Menor y casi todos los países del mundo, cuando estaban cansadas de matar romanos, las había lanzado contra un enemigo extranjero.

5 Mientras pacificaba las regiones alpinas y sometía a los enemigos que encontraba en medio del imperio romano, mientras extendía sus fronteras más allá del Rin, el Éufrates y el Danubio, en la misma Roma se afilaban para matarlo las espadas de Murena, Cepión, Lépido, Egnacio y otros. Apenas había escapado de su conjura, cuando su edad, ya en declive, fue aterrorizada por su hija y por todos los jóvenes nobles que se habían unido a su causa mediante el adulterio con ella, como si fuera un juramento de fidelidad.

6 Luego estaban Paulo y la amante de Antonio, a la que Roma tenía que temer por segunda vez; y, cuando hubo cortado estas úlceras de sus propios miembros, otras crecieron en su lugar: el imperio, como un cuerpo cargado de demasiada sangre, siempre estaba reventando por alguna parte. Por eso deseaba el ocio: todos sus trabajos se apoyaban en esperanzas y pensamientos de ocio; ese era el deseo de aquel que podía cumplir los deseos de todos los demás hombres.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO V

✦

1 Zarandeado de aquí para allá por Catilina y Clodio, por Pompeyo y Craso, por enemigos declarados y amigos dudosos, mientras luchaba con la república que luchaba y la sostenía para que no se hundiera, cuando por fin fue desterrado, incapaz de callar en la prosperidad y de soportar con paciencia la adversidad, ¿cuántas veces debió de maldecir Marco Cicerón aquel consulado suyo que nunca dejó de alabar, y que sin embargo lo merecía? ¡Qué expresiones lastimosas usa en una carta a Ático, cuando Pompeyo padre había sido vencido y el hijo reunía en Hispania sus fuerzas destrozadas! «¿Preguntas», escribe, «qué hago aquí?

2 Vivo en mi villa de Túsculo casi como un prisionero.» Añade más cosas después, en las que lamenta su vida pasada, se queja de la presente y desespera del futuro. Cicerón se llamó a sí mismo «medio prisionero», pero, por Hércules, el sabio nunca habría caído en un título tan bajo: nunca sería medio prisionero, sino que siempre gozaría de una libertad completa y entera, siendo libre, dueño de sí y mayor que todos los demás; pues ¿qué puede ser mayor que el hombre que es mayor que la Fortuna?

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO VI

✦

1 Cuando Livio Druso, hombre vigoroso y enérgico, presentó proyectos de leyes nuevas y medidas radicales al estilo de los Gracos, estando en el centro de una enorme multitud de todos los pueblos de Italia, y no viendo manera de resolver la cuestión, pues no se le permitía tratarla como quería y, a la vez, no era libre de abandonarla después de haber tomado parte en ella, se quejó amargamente de su vida, que había sido de agitación desde la cuna, y dijo, según cuentan, que «era la única persona que nunca había tenido vacaciones, ni siquiera de niño».

2 En efecto, cuando aún era menor de edad y llevaba la toga pretexta, tuvo el atrevimiento de defender a acusados en el tribunal y de usar su influencia con tanta fuerza que es bien sabido que en algunas causas fue su empeño el que obtuvo la sentencia. ¿Dónde se detendría una ambición tan precoz? Puedes estar seguro de que quien mostró tal audacia de niño acabaría convirtiéndose en una gran peste en la vida pública y en la privada: era demasiado tarde para quejarse de no haber tenido vacaciones, cuando desde niño había sido un incendiario y una molestia en los tribunales.

3 Se discute mucho si se suicidó: pues cayó por una herida repentina en la ingle, y algunos dudaron de que su muerte la hubiera causado su propia mano, aunque nadie discutió que llegó muy a propósito. Sería superfluo mencionar a más hombres que, mientras los demás los tenían por los más felices, dieron ellos mismos verdadero testimonio de sus sentimientos y detestaron todo lo que habían hecho en todos los años de su vida; y, no obs-

tante, con estas quejas no cambiaron nada ni en los demás ni en sí mismos: pues, después de que se les escapan estas palabras, sus sentimientos vuelven a su estado acostumbrado.

4 Por Hércules, esa vida vuestra, grandes hombres, aunque durara más de mil años, seguiría siendo muy corta: esos vicios vuestros se tragarían cualquier extensión de tiempo; no es de extrañar que este espacio común nuestro, que, aunque la Naturaleza lo apresure, puede ensancharse con el buen juicio, se os escape pronto: pues no lo agarráis ni lo retenéis, ni intentáis frenar la más veloz de todas las cosas, sino que lo dejáis pasar como si fuera una cosa inútil y pudierais reponerla.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO VII

✦

1 Entre estos cuento en primer lugar a los que no dedican su tiempo a otra cosa que a la bebida y al libertinaje: pues ningún hombre se ocupa de un modo más vergonzoso; los otros, aunque la gloria que persiguen no sea más que una falsificación, todavía merecen algún crédito por perseguirla —aunque me hables de avaros, de hombres coléricos, de hombres que odian y hasta hacen la guerra sin motivo—; todos esos pecan como hombres; pero el pecado de los que se entregan a la gula y a la lujuria es vergonzoso.

2 Examina todas las horas de su vida: considera cuánto tiempo gastan en cálculos, cuánto en intrigas, cuánto en miedo, cuánto en dar y recibir adulaciones engañosas, cuánto en salir fiadores de sí mismos o de otros, cuánto en banquetes, que de hecho se vuelven un asunto serio: verás que ni sus placeres ni sus penas les dejan respirar. Por último, todos están de acuerdo en que nada, ni la elocuencia ni las letras, puede hacerlo bien quien está ocupado en otra cosa; pues nada puede echar raíces profundas en una mente vuelta hacia otro asunto, que rechaza todo lo que intentas meterle.

3 Nadie sabe menos de vivir que un hombre ocupado: no hay nada más difícil de aprender. Las otras artes tienen por todas partes mucha gente que se ofrece a enseñarlas; algunas de ellas pueden aprenderlas tan a fondo simples muchachos que son capaces de enseñarlas a otros; pero toda la vida hay que pasarla aprendiendo a vivir y, lo que quizá te sorprenda más, toda la vida hay que pasarla aprendiendo a morir.

4 Muchos hombres excelentes se han librado de todos los estorbos, han renunciado a las riquezas, los negocios y los placeres, y han hecho de aprender a vivir su deber hasta el fin de sus días; y, no obstante, la mayor parte de ellos deja esta vida confesando que todavía no sabe vivir, y mucho menos vivir como sabio.

5 Créeme: hace falta un gran hombre, superior a las flaquezas humanas, para no dejar que nada de su tiempo le sea sustraído; y por eso su vida es muy larga, porque se dedica a sí mismo cada parte posible de ella: ninguna porción queda ociosa o sin cultivar, o en poder de otro; pues no encuentra nada digno de cambiarse por su tiempo, que administra con la mayor avaricia. Él, por tanto, tuvo tiempo de sobra; mientras que los que dieron una gran parte de su vida al pueblo, necesariamente, no tuvieron bastante.

6 No debes creer, no obstante, que estos no se daban cuenta a veces de su pérdida: de hecho, oirás a la mayoría de los que se afligen con una gran prosperidad exclamar de vez en cuando, en medio de sus multitudes de clientes, de sus defensas en el tribunal y de sus demás molestias honrosas: «No me dejan vivir mi propia vida.» ¿Por qué no te dejan? Porque todos los que te llaman para que los defiendas te apartan de ti mismo.

7 ¿Cuántos de tus días se ha llevado aquel acusado? ¿Aquel candidato a un cargo? ¿Aquella vieja cansada de enterrar a sus herederos? ¿Aquel hombre que finge estar enfermo para excitar la codicia de los que esperan heredar sus bienes? ¿Aquel amigo tuyo poderoso, que te usa para engrosar su séquito, no para ser tu amigo? Haz el balance y repasa todos los días de tu vida: verás que solo poquísimos días, y solo los que no servían para ningún otro fin, te han quedado.

8 El que ha conseguido las fasces que tanto deseaba está ansioso por librarse de ellas y dice sin cesar: «¿Cuándo se acabará este año?»; otro da juegos públicos y, en otro tiempo, habría pagado mucho por la ocasión de darlos, pero ahora dice: «¿Cuándo me libraré de esto?»; otro es un abogado disputado en todos los tribunales, que atrae públicos inmensos, que llenan todo el foro hasta una distancia mucho mayor que aquella desde donde pueden oírlo: «¿Cuándo», dice, «llegarán las vacaciones?»

9 Cada hombre atraviesa su vida a toda prisa y sufre de un anhelo por el futuro y de un hastío del presente; pero el que dispone de todo su tiempo para sus propios fines, el que ordena todos sus días como si ordenara el plan de su vida, ni desea ni teme el mañana: pues ¿qué placer nuevo puede darle ya una hora? Lo conoce todo y lo ha disfrutado todo hasta la saciedad.

10 La Fortuna puede tratar el resto como quiera: su vida ya está a salvo de ella; un hombre así puede ganar algo, pero no puede perder nada; y, de hecho, solo puede ganar algo del mismo modo que quien ya está harto y lleno puede recibir un poco más de comida, que toma aunque no la necesite. No tienes motivo, pues, para pensar que alguien ha vivido mucho porque tiene arrugas o canas: ese hombre no ha vivido mucho, solo ha estado vivo mucho tiempo.

11 ¡Vaya! ¿Pensarías que un hombre ha navegado mucho si una fiera tempestad lo hubiera sorprendido nada más salir del puerto y hubiera sido llevado de un lado a otro, alrededor del mismo lugar, sin cesar, por una sucesión de vientos que soplaban de direcciones opuestas? Ese hombre no ha viajado mucho, solo ha sido muy zarandeado.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO VIII

✦

1 Me lleno de asombro cuando veo a algunos hombres pedir a otros su tiempo, y a los que se lo piden muy dispuestos a darlo: las dos partes consideran el fin para el que se da el tiempo, pero ninguna piensa en el tiempo mismo, como si quien lo pide no pidiera nada y quien lo da no diera nada; jugamos con la más preciosa de todas las cosas; y escapa a la atención de los hombres porque es una cosa incorpórea y no se presenta ante nuestros ojos; y por eso se tiene por baratísima, o mejor dicho, apenas se le da valor alguno.

2 Los hombres dan el mayor valor a regalos o pensiones, y alquilan su trabajo, sus servicios o su cuidado para obtenerlos; nadie valora el tiempo: lo entregan con mucha más libertad, como si no costara nada.

2.2 Y, no obstante, verás a esas mismas personas abrazadas a las rodillas del médico, suplicantes, cuando están enfermas y en peligro inminente de muerte, y, si las amenaza una acusación capital, dispuestas a dar todo lo que poseen para vivir: tan incoherentes son.

2.3 De hecho, si el número de los años futuros de cada hombre pudiera ponerse ante él, como podemos poner el de los años pasados, ¡qué ansiosos estarían por aprovecharlos al máximo los que descubrieran que les quedaban pocos!

3 Y, no obstante, es fácil ordenar el reparto de una cantidad, por pequeña que sea, si sabemos cuánto hay; lo que debes administrar con más cuidado es aquello que puede faltar sin que sepas cuándo. Pero no tienes motivo para pensar que no saben cuán precioso es el tiempo: suelen decir a quie-

nes más aman que están dispuestos a darles una parte de sus propios años. Y se la dan, sin saber que la dan; pero la dan de tal modo que ellos mismos la pierden sin que los otros la ganen.

4 No saben, sin embargo, de dónde les viene la provisión, y por eso pueden soportar el derroche de lo que no se ve; pero nadie te devolverá tus años, nadie te los restituirá: tu vida seguirá su curso una vez empezada, y ni volverá a empezar ni borrará lo que ha hecho. No hará ruido, no te avisará de lo deprisa que vuela: avanzará en silencio; no se alargará por orden de un rey ni por deseo de un pueblo: como partió el primer día, así correrá; nunca se desviará, nunca se detendrá. ¿Qué se sigue de esto?

5 ¡Vaya! Tú estás ocupado, pero la vida se apresura: la muerte llegará un día u otro, y tendrás que atenderla, quieras o no.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO IX

✦

1 ¿Puede mencionarse algo más insensato que las ideas sobre el ocio de quienes presumen de su sabiduría mundana? Viven trabajosamente para poder vivir mejor; se preparan para la vida a costa de la vida misma y lanzan sus pensamientos muy lejos; pero el aplazamiento es el mayor derroche de la vida: nos arranca un día tras otro y nos quita el presente prometiendo algo para después; no hay mayor obstáculo para el verdadero vivir que la espera, que pierde el hoy mientras depende del mañana. Dispones de lo que está en manos de la Fortuna y sueltas lo que está en las tuyas.

2 ¿Hacia dónde miras, hacia dónde te estiras? Todo lo futuro es incierto: vive ahora mismo. Mira cómo el más grande de los poetas te grita y canta en verso saludable, como inspirado por un fuego celeste:

3 «El mejor de los días de los pobres mortales es el que
primero huye.»

4 ¿Por qué dudas, dice, por qué te quedas atrás? Si no lo agarras, habrá huido; y aunque lo agarres, igual huirá. Nuestra rapidez en usar el tiempo debe, pues, competir con la rapidez del tiempo mismo, y debemos beber de él como beberíamos de un torrente veloz que no va a correr siempre.

4.2 El poeta también se burla admirablemente de nuestros pensamientos sin límite cuando dice no «la primera edad», sino «el primer día». ¿Por qué eres descuidado y lento mientras el tiempo vuela tan deprisa, y por qué despliegas ante ti la visión de largos meses y años, tantos como exige tu avidez? Él te habla de un día, y de un día que huye deprisa.

5 No puede haber duda, pues, de que los mejores días son los que huyen primero para los pobres mortales, es decir, para los ocupados, cuyas mentes están todavía en la infancia cuando les llega la vejez, y llegan a ella desprevenidos y sin armas para combatirla. Nunca miraron hacia delante: súbitamente han tropezado con la vejez; nunca notaron que se les acercaba a escondidas día tras día.

6 Así como la conversación, la lectura o el pensamiento profundo engañan a los viajeros, y se encuentran al final del viaje antes de saber que se acercaba, así en este viaje rápido e incesante de la vida, que hacemos al mismo paso dormidos o despiertos, los ocupados nunca advierten que se mueven hasta que llegan al final.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO X

✦

1 Si quisiera dividir esta proposición en pasos separados, apoyados en pruebas, se me ocurren muchas cosas con las que podría demostrar que la vida de los ocupados es la más corta de todas.

1.2 Fabiano, que no era uno de esos filósofos de aula, sino uno del verdadero modelo antiguo, solía decir: «Debemos combatir las pasiones con toda la fuerza, no con escaramuzas, y romper su línea de batalla con una carga a fondo, no con heridas leves; no apruebo jugar con sofismas; hay que aplastarlas, no solo arañarlas.»

1.3 Pero, para que los pecadores se vean ante sus errores, hay que enseñarles, y no solo compadecerlos.

2 La vida se divide en tres partes: la que fue, la que es y la que será; de estas tres etapas, la que atravesamos es breve, la que vamos a atravesar es incierta y la que ya atravesamos es segura: es sobre esta sobre la que la Fortuna ha perdido sus derechos y la que no puede caer en poder de ningún otro hombre; y es esta la que pierden los ocupados: pues no tienen tiempo para mirar al pasado y, aunque lo tuvieran, no les agrada recordar lo que lamentan; no quieren, pues, volver la mente a la contemplación del tiempo mal empleado, y se echan atrás ante el repaso de una conducta cuyas faltas se vuelven evidentes cuando se examinan de nuevo, aunque se las agarró cuando estábamos bajo el hechizo de la satisfacción inmediata.

3 Nadie, a menos que todos sus actos hayan pasado por la censura infalible de su propia conciencia, vuelve de buena gana el pensamiento al pasado. Quien ha deseado mucho con ambición, despreciado con altivez, vencido

con pasión, engañado con traición, arrebatado con avidez o derrochado con prodigalidad, tiene que temer a su propia memoria; y, sin embargo, esta es una parte santa y consagrada de nuestro tiempo, fuera del alcance de todos los accidentes humanos, apartada del dominio de la Fortuna, que no puede ser perturbada por la necesidad, el miedo ni los ataques de la enfermedad: no puede ser turbada ni quitada; la poseemos para siempre, sin perturbación.

4 Nuestro presente consiste solo en días sueltos, y estos tomados de hora en hora; pero todos los días del pasado se presentan ante nosotros cuando los llamamos, y se dejan examinar y detenerse en ellos, aunque los ocupados no encuentran tiempo para hacerlo. Es privilegio de una mente tranquila y serena repasar todas las partes de su vida; pero las mentes de los ocupados son como animales bajo el yugo, que no pueden desviarse ni mirar atrás.

5 Por eso su vida se escurre en el vacío, y así como no sirve de nada echar cuanto quieras en un vaso que no puede guardar ni retener lo que pones en él, tampoco importa cuánto tiempo des a los hombres si no encuentra lugar donde asentarse, sino que se escapa por las grietas y agujeros de su mente. El tiempo presente es muy corto, tanto que a algunos les parece que no es tiempo alguno; pues está siempre en movimiento y huye deprisa: deja de existir antes de llegar, y no admite demora, como tampoco la admiten el universo y las estrellas del cielo, cuyo movimiento incesante nunca les deja detenerse en su camino.

6 Los ocupados, por tanto, poseen solo el tiempo presente, que es tan corto que no pueden agarrarlo, y, cuando están ocupados en muchas cosas, pierden incluso este.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XI

✦

1 En una palabra, ¿quieres saber cuán poco tiempo viven? Mira cómo desean vivir mucho: ancianos decrépitos mendigan en sus oraciones que se les añadan unos pocos años; fingen ser más jóvenes de lo que son; se engañan con sus propias mentiras y están tan dispuestos a engañarse a sí mismos como si pudieran engañar a la vez al Destino; cuando por fin alguna debilidad les recuerda que son mortales, mueren como aterrorizados: más bien puede decirse que son arrastrados fuera de esta vida que no que salen de ella.

2 Exclaman en voz alta que han sido necios y no han vivido su vida, y declaran que, si sobreviven a esta enfermedad, pasarán el resto de su vida en el ocio: en esos momentos reflexionan sobre lo inútilmente que han trabajado para procurarse lo que nunca disfrutaron, y sobre cómo todo su esfuerzo ha sido en vano; pero aquellos cuya vida transcurre sin ningún negocio que los absorba pueden muy bien encontrarla abundante: ninguna parte de ella se entrega a otros ni se esparce aquí y allá; ninguna parte se confía a la Fortuna, se pierde por descuido, se gasta en dádivas de ostentación o es inútil: toda ella está, por así decirlo, colocada a buen interés.

3 Una cantidad muy pequeña de ella, por tanto, basta y sobra, y así, cuando llegue su último día, el sabio no se echará atrás, sino que caminará con paso firme al encuentro de la muerte.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XII

✦

1 Quizá me preguntes a quiénes llamo «ocupados». No tienes que pensar que me refiero solo a los que son echados de los tribunales con perros al final de las sesiones, a aquellos que ves empujados con honor por una multitud de sus propios clientes o atropellados con desprecio, en las visitas de cortesía, por extraños, que los sacan de casa para que ronden la puerta del patrono, o que se aprovechan de las subastas del pretor para obtener ganancias infames que algún día serán su propia ruina.

2 El ocio de algunos es ocupado: en su casa de campo o en su lecho, en completa soledad, aunque se hayan apartado de la compañía de todos, siguen atormentándose; no debemos decir que la vida de esos hombres es de ocio: su mismo negocio es la pereza.

3 ¿Llamarías ocioso a un hombre que dedica un cuidado ansioso y minucioso a ordenar sus bronces de Corinto, valiosos solo por la manía de unos pocos coleccionistas, y que pasa la mayor parte de sus días entre placas de metal oxidado? ¿Que se sienta en la palestra (¡vergüenza, que hasta nuestros vicios sean extranjeros!) a mirar luchar a los muchachos? ¿Que distribuye sus cuadrillas de esclavos encadenados en parejas según la edad y el color? ¿Que mantiene atletas a la última moda?

4 Y bien, ¿llamas ociosos a los hombres que pasan muchas horas en el barbero mientras les arrancan de raíz lo que creció la noche anterior, haciendo consejo sobre cada pelo, mientras se ordenan los rizos dispersos y los que caen hacia atrás se fuerzan sobre la frente?

5 ¡Cómo se enfurecen si el barbero es un poco descuidado, como si estuviera trasquilando a un hombre! ¡Qué arrebato les da si les cortan un poco de la melena, si alguna parte queda mal peinada, si no todos sus rizos quedan en orden regular! ¿Quién de ellos no preferiría que se hundiera el Estado antes que ver su cabello revuelto? ¿Quién no se preocupa más por el aspecto de su cabeza que por su salud? ¿Quién no preferiría el adorno a la honra?

6 ¿Llamas ociosos a estos hombres que hacen del peine y del espejo un negocio? ¿Y a los que dedican su vida a componer, oír y aprender canciones, que retuercen la voz, hecha por la Naturaleza para sonar mejor y más sencilla cuando se usa con naturalidad, por todas las vueltas de melodías fútiles; cuyos dedos están siempre marcando el compás de alguna música que meditan por dentro; que, cuando se les llama a un asunto serio e incluso triste, se les puede oír tarareando una tonada para sí? Esas personas no están en ocio, sino ocupadas en bagatelas.

7 En cuanto a sus banquetes, por Hércules, no puedo contarlos entre sus ratos libres cuando veo con qué cuidado ansioso disponen la vajilla de plata, con qué trabajo arreglan los cinturones de las túnicas de sus criados, con qué ansiedad sin aliento observan cómo sirve el cocinero el jabalí, con qué rapidez, dada la señal, corren los esclavos jóvenes a cumplir sus tareas, con qué habilidad se trinchan las aves en trozos del tamaño justo, con qué esmero unos muchachos desdichados limpian los esputos de los borrachos. Con esto buscan los hombres fama de buen gusto y de grandeza, y sus vicios los siguen tan lejos en su intimidad que no pueden comer ni beber sin pensar en el efecto.

8 Tampoco contaría como ociosos a los que se hacen llevar de aquí para allá en sillas y literas, y que esperan su hora fija para ese ejercicio como si no les estuviera permitido saltársela; hombres a quienes otro les recuerda cuándo bañarse, cuándo nadar, cuándo cenar: llegan a tal punto de molicie lánguida que no son capaces de averiguar por sí mismos si tienen hambre. He oído a uno de estos hombres lujosos —si es que debemos llamar lujo a desaprender la vida y las costumbres de un hombre—, cuando lo sacaron del baño en brazos y lo pusieron en su silla, preguntar: «¿Estoy sentado?»

9 ¿Crees que un hombre así, que no sabía cuándo estaba sentado, podría saber si estaba vivo, si veía, si estaba en ocio? Apenas sé decir si me da más lástima si de verdad no lo sabía o si fingía no saberlo. Esas personas de verdad se vuelven inconscientes de muchas cosas, pero se comportan como si fueran inconscientes de muchas más: se deleitan con ciertos defectos porque los consideran pruebas de felicidad; parece propio de un hombre del todo bajo y despreciable saber lo que está haciendo.

10 Después de esto, ¿crees que los autores de comedias inventan mucho en sus burlas del lujo? Por Hércules, omiten más de lo que inventan; en esta época, ingeniosa solo en esto, se ha producido tal cantidad de vicios increíbles que ya puedes reprochar a los autores de comedias que no los mencionen. ¡Pensar que haya alguien que haya perdido el juicio por el lujo hasta el punto de pedir a otro su opinión sobre si está sentado o no!

11 Este hombre ciertamente no está en ocio: debes darle otro nombre: está enfermo, o mejor dicho, muerto; solo está en ocio quien siente que está en ocio; pero esta criatura está solo medio viva, si necesita que alguien le diga en qué postura está su cuerpo. ¿Cómo puede un hombre así disponer de algún tiempo?

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XIII

✦

1 Sería largo describir a los diversos individuos que han desperdiciado su vida jugando a las damas, jugando a la pelota o tostando el cuerpo al sol: no están en ocio los hombres cuyos placeres tienen carácter de negocio, pues nadie dudará de que son trabajadores de naderías los que se dedican al estudio de cuestiones literarias fútiles, de los cuales ya hay un gran número también en Roma.

2 Era una enfermedad del espíritu propiamente griega investigar cuántos remeros tenía Ulises, si se escribió primero la Ilíada o la Odisea y, además, si las escribió el mismo autor, y otras cosas del mismo tipo, que ni agradan a tu conciencia íntima si te las guardas, ni te hacen parecer más erudito, sino solo más pesado, si las divulgas.

3 Mira: este vano deseo de aprender lo inútil se ha apoderado ya de los romanos: el otro día oí a alguien contar quién fue el primer general romano que hizo esto o aquello: Duilio fue el primero que ganó una batalla naval, Curio Dentato el primero que llevó elefantes en su triunfo; además, estas historias, aunque no añaden nada a la verdadera gloria, al menos tratan de las grandes hazañas de nuestros compatriotas: ese saber no es provechoso, pero atrae nuestra atención como una especie fascinante de necedad. Perdonaré incluso a los que quieren saber quién convenció primero a los romanos de subir a un barco.

4 Fue Claudio, que por eso recibió el sobrenombre de Cáudex, porque los antiguos romanos llamaban caudex a cualquier obra de carpintería hecha de muchas tablas, y por eso los registros públicos se llaman códices, y, por una vieja costumbre, las barcas que llevan provisiones por el Tíber se llaman codicarias.

5 Admitamos también que viene al caso contar cómo Valerio Corvino fue el primero en conquistar Mesina y el primero de la familia de los Valerios en pasar a su nombre el de la ciudad conquistada, llamándose Mesana, y cómo el pueblo fue corrompiendo poco a poco la pronunciación y lo llamó Mesala; ¿o dejarías que alguien encontrara interés en que Lucio Sila fuera el primero en soltar leones en el circo, cuando antes se exhibían encadenados, y en que el rey Boco enviara lanzadores de dardos para matarlos?

6 Eso puede permitirse a su curiosidad; pero ¿puede servir de algo útil saber que Pompeyo fue el primero en exhibir dieciocho elefantes en el circo, a los que enfrentó con unos condenados en una batalla simulada?

6.2 El primer hombre del Estado, alguien que, según la tradición, destacaba entre los antiguos jefes por su extraordinaria bondad de corazón, tuvo por un espectáculo notable matar hombres de un modo hasta entonces inaudito. ¿Luchan a muerte? No es bastante cruel; ¿son despedazados? No es bastante cruel: que los aplasten animales de tamaño enorme.

7 Sería mucho mejor que algo así se olvidara, para que en el futuro algún poderoso no oyera hablar de ello y envidiara su refinada barbarie.

8 ¡Oh, cómo ciega nuestro entendimiento la prosperidad excesiva! En el momento en que arrojaba tantas tropas de desgraciados a ser pisoteadas por fieras extranjeras, cuando declaraba la guerra entre criaturas tan distin-

tas, cuando derramaba tanta sangre ante los ojos del pueblo romano, cuya sangre él mismo pronto derramaría aún con más libertad, se creía dueño del mundo entero; pero después, engañado por la traición de los alejandrinos, tuvo que ofrecerse al puñal del más vil de los esclavos, y solo entonces descubrió qué vana jactancia era su sobrenombre de «el Grande».

9 Pero, volviendo al punto del que me he apartado, probaré que incluso en este mismo asunto algunos gastan un esfuerzo inútil. El mismo autor nos cuenta que Metelo, cuando triunfó tras vencer a los cartagineses en Sicilia, fue el único romano que llevó delante de su carro ciento veinte elefantes capturados; y que Sila fue el último romano que amplió el pomerio, que no era costumbre de los antiguos ampliar por la conquista de territorio de las provincias, sino solo de Italia.

10 ¿Es más útil saber esto que saber que el monte Aventino, según él, está fuera del pomerio por una de dos razones: o porque allí se retiró la plebe, o porque, cuando Remo tomó allí los auspicios, las aves que vio no fueron favorables; y otras historias sin número del mismo tipo, que o son mentiras de hecho o casi lo mismo? Pues, aunque admitas que estos autores hablan de toda buena fe, que garantizan la verdad de lo que escriben, aun así, ¿de quién se harán menores los errores con estas historias? ¿De quién se refrenarán las pasiones? ¿A quién harán más valiente, más justo o más noble?

11 Mi amigo Fabiano solía decir que no estaba seguro de que no fuera mejor no dedicarse a ningún estudio que interesarse por estos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XIV

✦

1 Los únicos que están de verdad en ocio son los que se dedican a la filosofía; y solo ellos viven de verdad: pues no disfrutan solo de su propio tiempo de vida, sino que añaden al suyo todos los siglos: todos los años que pasaron antes de ellos les pertenecen.

2 A menos que seamos las criaturas más ingratas del mundo, veremos a esos hombres nobilísimos, los fundadores de las escuelas divinas de pensamiento, como nacidos para nosotros, como si nos hubieran preparado la vida: el trabajo de otros nos lleva a contemplar cosas bellísimas, sacadas de las tinieblas a la luz; no se nos excluye de ninguna época, podemos entrar en cualquier asunto y, si tan solo logramos reunir la fuerza de espíritu suficiente para traspasar el estrecho límite de la debilidad humana, tenemos una vasta extensión de tiempo donde explayarnos: podemos discutir con Sócrates, dudar con Carnéades, descansar con Epicuro, vencer la naturaleza humana con los estoicos, ir más allá de ella con los cínicos.

3 Ya que la Naturaleza nos permite convivir con todas las épocas, ¿por qué no nos apartamos de nuestro pequeño y fugaz espacio de tiempo para entregarnos con toda el alma a lo que es vasto, a lo que es eterno, a lo que compartimos con hombres mejores que nosotros?

4 Los que van de un lado a otro en una ronda de visitas, que se atormentan y atormentan a los demás, después de haber dado rienda suelta a su locura, de haber cruzado cada día el umbral de todos los patronos, sin dejar puerta abierta sin entrar, después de haber repartido sus saludos interesados en las

casas más diversas —al fin y al cabo, ¿a cuántas personas pueden ver en una ciudad tan vasta, dividida entre tantas pasiones dominantes? ¿Cuántos, por pereza, comodidad o grosería, les negarán la entrada? ¿Cuántos, después de haberlos hecho esperar mucho, pasarán junto a ellos fingiendo prisa? ¿Cuántos evitarán salir por el atrio lleno de clientes y escaparán por alguna puerta trasera escondida, como si no fuera más grosero engañar al visitante que negarle la entrada? ¿Cuántos, medio dormidos y embotados por la orgía de la víspera, apenas logran devolver el saludo al desgraciado que ha interrumpido su propio descanso para esperar el de otro, aun después de que se les haya susurrado su nombre por milésima vez, si no es con un bostezo ofensivísimo de sus labios entreabiertos?

5 Podemos decir con verdad que siguen el verdadero camino del deber los que quieren tratar cada día con la mayor familiaridad a Zenón, Pitágoras, Demócrito y los demás sumos sacerdotes de la virtud, a Aristóteles y a Teofrasto. Ninguno de estos hombres estará «ocupado», ninguno dejará de despedirte, después de visitarlo, con el ánimo más feliz y más en paz contigo mismo, ninguno dejará que te vayas con las manos vacías; y su compañía pueden disfrutarla todos, de noche como de día.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XV

✦

1 Ninguno de estos hombres te obligará a morir, pero todos te enseñarán a morir; ninguno malgastará tu tiempo, sino que le añadirá el suyo. La conversación de estos hombres no es peligrosa, su amistad no te llevará al patíbulo, su compañía no te arruinará en gastos: puedes tomar de ellos lo que quieras; no te impedirán beber de su sabiduría los tragos más hondos que desees.

2 ¡Qué dicha, qué hermosa vejez espera al hombre que los toma por patronos! Tendrá amigos con quienes podrá tratar todos los asuntos, grandes y pequeños, a quienes podrá pedir consejo cada día sobre sí mismo, de quienes oirá la verdad sin insulto, la alabanza sin adulación, y a cuya semejanza podrá formar su propio carácter.

3 Solemos decir que no podemos elegir quiénes serían nuestros padres, que nos los dio el azar; pero podemos nacer exactamente como queramos: hay varias familias de espíritus nobilísimos: elige a cuál te gustaría pertenecer; por la adopción no recibirás solo su nombre, sino también sus bienes, que no están hechos para guardarse con espíritu mezquino y avaro: cuantas más personas los repartan, mayores se hacen.

3.2 Ellos te abrirán el camino que lleva a la eternidad y te elevarán a una altura de donde nadie te derribará. Solo de este modo puedes prolongar tu vida mortal, o mejor dicho, convertirla en una vida inmortal.

4 Los altos cargos, los monumentos, todo lo que la ambición registra en decretos o amontona en piedra, pronto pasa: el correr del tiempo lo derriba y lo arruina todo; pero las cosas en las que la Filosofía ha puesto su sello están fuera del alcance de todo daño: ninguna época las desechará ni disminuirá su fuerza, cada siglo siguiente añadirá algo al respeto que se les tiene; pues miramos con ojos envidiosos lo que está cerca de nosotros, pero admiramos con menos prejuicio lo que está más lejos. La vida del sabio, por tanto, abarca mucho: no lo cercan los mismos límites que encierran a los demás; solo él está exento de las leyes que gobiernan al género humano: todas las épocas le sirven como a un dios.

5 Si algún tiempo ha pasado, lo recupera con la memoria; si es presente, lo usa; si es futuro, lo anticipa: su vida es larga porque concentra en ella todos los tiempos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XVI

✦

1 Llevan la vida más corta y más desdichada los que olvidan el pasado, descuidan el presente y temen el futuro: cuando llegan al final, los pobres desgraciados aprenden demasiado tarde que estuvieron ocupados todo el tiempo sin hacer nada. No tienes que pensar, porque a veces llaman a la muerte, que su vida es larga: su necedad los atormenta con pasiones vagas que los llevan justamente a las cosas que temen; con frecuencia, por tanto, desean la muerte porque viven con miedo.

2 Tampoco es, como podrías pensar, prueba de la duración de su vida que a menudo los días se les hagan largos, que con frecuencia se quejen de lo despacio que pasan las horas hasta que llega la hora fijada para la cena: pues, siempre que se quedan sin sus negocios de costumbre, se agitan sin remedio en su ocio y no saben cómo ordenarlo ni cómo hacerlo durar.

3 Se lanzan, por eso, a algún negocio, y todo el tiempo intermedio les resulta penoso; quisieran, por Hércules, saltárselo, igual que quieren saltarse los días que faltan para un combate de gladiadores o para otro momento fijado para un espectáculo público o un placer privado: todo aplazamiento de lo que desean les resulta doloroso.

4 Y, no obstante, el mismo tiempo que disfrutan es breve y pasa pronto, y se hace mucho más breve por su culpa: pues corren de un placer a otro y no pueden dedicarse con constancia a una sola pasión; sus días no son largos, sino odiosos para ellos; en cambio, ¡qué cortas encuentran las noches que pasan con cortesanas o con el vino! De ahí nace aquella necedad de los poe-

tas que fomentan los errores de los hombres con sus mitos y declaran que Júpiter, para satisfacer sus deseos voluptuosos, duplicó la duración de la noche. ¿No es echar leña a nuestros vicios dar a los dioses como sus autores, y dar libre curso a nuestras enfermedades ofreciéndoles la divinidad como ejemplo?

5 ¿Cómo podrían no parecer cortísimas las noches que los hombres pagan tan caras? Pierden el día esperando la noche, y pierden la noche por miedo al alba.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XVII

✦

1 Los mismos placeres de estos hombres son inquietos y están turbados por diversos sobresaltos, y en el momento más alegre de todos surge el pensamiento ansioso: «¿Cuánto durará esto?» Ese estado de ánimo ha llevado a reyes a llorar sobre su poder, y no se han alegrado tanto de la grandeza de su posición como se han aterrorizado por el fin al que algún día tendría que llegar.

2 Aquel arrogantísimo rey persa, cuando su ejército se extendía por vastas llanuras y no podía contarse, sino solo medirse, rompió a llorar al pensar que en menos de cien años ninguno de todos aquellos guerreros estaría vivo; y, no obstante, su muerte se la trajo el mismo hombre que lloraba por ella, que iba a destruir a unos en el mar, a otros en tierra, a unos en la batalla y a otros en la huida, y que en muy poco tiempo acabaría con aquellos por cuyo centésimo año mostraba tanta preocupación. ¿Por qué extrañarnos de que hasta sus alegrías se mezclen con el miedo? No se apoyan en bases sólidas, sino que las turba el mismo vacío del que nacen.

3 ¿Qué miseria debemos suponer en los tiempos que incluso ellos reconocen como desdichados, cuando hasta las alegrías con que se exaltan y se elevan por encima de sus semejantes son mezcladas?

3.2 Todos los mayores bienes se disfrutan con miedo, y nada es tan poco de fiar como la prosperidad extrema: necesitamos nuevos golpes de suerte para poder conservar lo que disfrutamos, y hasta nuestras oraciones atendidas exigen nuevas oraciones. Todo lo que depende del azar es incierto: cuanto más alto sube, más ocasiones tiene de caer.

4 Además, nadie disfruta de lo que está a punto de arruinarse: muy desdichada, por tanto, y muy corta ha de ser la vida de los que trabajan mucho para conseguir lo que tendrán que trabajar aún más para conservar: obtienen lo que desean con un trabajo infinito y retienen lo obtenido con miedo y temblor.

4.2 Mientras tanto, no tienen en cuenta el tiempo, del que nunca tendrán una provisión nueva y mayor: sustituyen ocupaciones viejas por nuevas, una esperanza lleva a otra, una ambición a otra; no buscan un fin para su desdicha, sino que cambian su objeto. ¿Nos inquietan nuestros propios ascensos? No: los de otros ocupan más de nuestro tiempo.

5 ¿Hemos dejado de trabajar en las campañas electorales? Empezamos otros trabajos votando. ¿Nos hemos librado del trabajo de acusar? Empezamos el de juzgar. ¿Ha dejado un hombre de ser juez? Se hace examinador. ¿Ha envejecido administrando a sueldo los bienes ajenos? Pasa a ocuparse de los suyos.

6 Mario es licenciado del servicio militar; se hace cónsul muchas veces. Quincio está ansioso por llegar al fin de su dictadura; lo llamarán por segunda vez del arado.

6.2 Escipión marchó contra los cartagineses antes de tener edad para tan gran empresa; después de vencer a Aníbal, vencer a Antíoco, ser la gloria de su propio consulado y el fiador del consulado de su hermano, podría, si lo hubiera querido, haber sido puesto en el mismo pedestal que Júpiter; pero las facciones civiles atormentarán al salvador del Estado, y el que de joven desdeñó recibir honores divinos se enorgullecerá de viejo de permanecer obstinadamente en el destierro.

[7] Nunca nos faltarán motivos de inquietud, agradables o dolorosos: nuestra vida será empujada de un negocio a otro; el ocio siempre se deseará y nunca se disfrutará.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XVIII

✦

1 Por eso, queridísimo Paulino, arráncate de la multitud y, ya que has pasado más tormentas de las que se pensaría por tu edad, retírate por fin a un puerto más tranquilo: piensa por qué olas has navegado, qué tempestades has soportado en la vida privada y atraído sobre ti en la pública. Tu valor ya se ha mostrado bastante con muchas pruebas trabajosas y fatigosas; prueba cómo se las arregla con el ocio: la mayor parte, y sin duda la mejor, de tu vida se la has dado a tu patria; toma ahora también una parte de tu tiempo para ti.

2 No te aconsejo practicar una pereza torpe o floja, ni ahogar todo tu espíritu ardiente en los placeres queridos de la multitud: eso no es descanso; puedes encontrar obras mayores que todas las que hasta ahora has llevado a cabo con tanto valor, en las que podrás ocuparte en el retiro y la seguridad. Administras las rentas del mundo entero con tanto desinterés como si fueran de otro, con tanto trabajo como si fueran tuyas, con tanto escrúpulo como si fueran del pueblo; te ganas el cariño en un cargo en el que es difícil no despertar odio; pero, créeme, es mejor entender la propia mente que entender el mercado del trigo.

3 Saca esa inteligencia aguda tuya, tan capaz de abordar los mayores asuntos, de un ya que puede ser honroso, pero que apenas sirve para hacer feliz la vida, y piensa que no estudiaste desde niño todas las ramas de una educación liberal solo para que pudieran confiarse con seguridad a tu cuidado muchos miles de toneladas de trigo: nos diste la promesa de algo más grande y más noble que esto. Nunca faltarán administradores rigurosos ni

trabajadores esforzados: las bestias de carga lentas sirven mejor para llevar fardos que los caballos de raza, cuya generosa rapidez nadie cargaría con un fardo pesado.

4 Piensa, además, qué llena de riesgos está la gran tarea que has asumido: tienes que vérselas con el estómago humano: un pueblo hambriento no soporta la razón, no se calma con la justicia y no escucha ninguna súplica. Hace solo unos pocos días, cuando murió Cayo César, lamentando nada tanto (si los que están en el otro mundo pueden sentir pena) como que el pueblo romano no muriera con él, se decía que había trigo solo para siete u ocho días de consumo: mientras él hacía puentes con barcos y jugaba con los recursos del imperio, la falta de víveres, el peor mal que puede caer incluso sobre una ciudad sitiada, estaba a las puertas; su imitación de un rey loco, extranjero y soberbio por poco no acabó en ruina, hambre y la revuelta general que sigue al hambre. ¿Cuáles debieron de ser los sentimientos de los que tenían el encargo de abastecer de trigo la ciudad, que corrían el peligro de ser apedreados, del fuego y la espada, del mismo Cayo?

5 Con arte consumado ocultaron el vasto mal interno que amenazaba al Estado, e hicieron muy bien; pues ciertas enfermedades hay que curarlas sin que el enfermo lo sepa: muchos han muerto por descubrir lo que tenían.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XIX

✦

1 Retírate a estos campos de acción más tranquilos, más seguros, más vastos: ¿crees que puede compararse cuidar de que el trigo se deposite en el granero público sin que lo robe el fraude o lo estropee el descuido de quien lo trae, de que no sufra por la humedad o el calor, de que tenga la medida y el peso que debe tener, con empezar el estudio del saber sagrado y divino, que te enseñará de qué elementos están formados los dioses, cuáles son sus placeres, su posición, su forma? ¿Qué cambios tiene por delante tu alma? ¿Dónde nos pondrá la Naturaleza cuando seamos liberados del cuerpo? ¿Cuál es el principio que mantiene en el medio todas las partículas más pesadas de nuestro universo, suspende arriba las más ligeras, pone el fuego en lo más alto de todo y hace que las estrellas surjan en sus cursos, con muchas otras cosas llenas de maravillas?

2 ¿No dejarás de arrastrarte por la tierra para volver la mirada de tu mente a estos temas? Sí: mientras tu sangre todavía corre deprisa, antes de que tus rodillas se debiliten, debes tomar el camino mejor. En esta forma de vida te esperan muchos bienes, como el amor y la práctica de las virtudes, el olvido de las pasiones, el saber vivir y morir, un descanso profundo.

2.2 La situación de todos los ocupados es desdichada, pero la más desdichada de todas es la de quienes ni siquiera trabajan en sus propios asuntos, sino que tienen que regular su descanso por el sueño de otro, su paso por el paso de otro, y cuyo mismo amor y odio, las cosas más libres del mundo, están a las órdenes de otro.

[3] Si esos hombres quieren saber cuán corta es su vida, que piensen en qué pequeña fracción de ella es suya.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO XX

✦

1 Cuando, pues, veas a un hombre vestir a menudo la púrpura de los cargos y oigas su nombre repetido con frecuencia en el foro, no lo envidies: gana esas cosas perdiendo tanto de su vida. Los hombres tiran todos sus años para que un año lleve su nombre como cónsul: algunos pierden la vida al comienzo de la lucha y nunca llegan a la altura a la que aspiraban; algunos, después de someterse a mil indignidades para alcanzar la dignidad suprema, tienen la triste reflexión de que el único resultado de sus trabajos será la inscripción en su tumba.

2 Algunos, mientras destinaban la vejez extrema, como si fuera juventud, a nuevas aspiraciones, la vieron fallar por pura debilidad en medio de empresas grandes y presuntuosas. Es un final vergonzoso que a un hombre le falte el aliento en un tribunal mientras, aunque cargado de años, todavía se esfuerza por ganar la simpatía de un público ignorante para algún litigante oscuro; es vil morir en medio de los negocios, cansado de vivir antes que de trabajar; vergonzoso también morir en el acto de recibir pagos, entre las risas del heredero que lleva mucho tiempo esperando.

3 No puedo pasar por alto un ejemplo que se me ocurre: Turanio era un anciano de la más esmerada exactitud que, después de entrar en su nonagésimo año, cuando por decisión del propio Cayo César fue relevado de sus funciones de recaudador de impuestos, mandó que lo tendieran en su lecho y lo lloraran como si hubiera muerto. Toda la casa lloró el ocio de su viejo amo, y no dejó el luto hasta que se le devolvió su trabajo. ¿Pueden los hombres encontrar tanto placer en morir trabajando?

4 No obstante, muchos piensan lo mismo: conservan el deseo de trabajar más tiempo que la capacidad para ello, y luchan contra la debilidad de su cuerpo; tienen la vejez por un mal por ninguna otra razón que porque los aparta. La ley no alista a un soldado después de los cincuenta años ni exige la presencia de un senador después de los sesenta; pero a los hombres les cuesta más obtener su propio consentimiento que el de la ley para una vida de ocio.

5 Mientras tanto, mientras roban y son robados, mientras uno turba el descanso del otro y todos se vuelven igualmente desdichados, la vida queda sin provecho, sin placer, sin ningún progreso del espíritu: nadie mantiene la muerte bien ante los ojos, nadie se abstiene de esperanzas que llegan lejos. Algunos llegan a disponer cosas que quedan más allá de su propia vida, como enormes construcciones funerarias, la dedicación de obras públicas, espectáculos que se darán en su pira funeraria y procesiones de ostentación; pero, por Hércules, los funerales de esos hombres deberían hacerse a la luz de antorchas y cirios, como si solo hubieran vivido unos pocos días.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0